

## INTRODUCCIÓN

Día claro, día de primavera hermoso y nítido aparece uno de Mayo alegrando la vida de los terrenales; en la ciudad, todo movimiento, todo actividad y desgaste, cumpliendo ambiciones o buscando coto a sufrimientos hórridos. ¡Qué vida ésta! ¡Qué vida!

Salimos a la calle anchurosa y viviente; la bella flor de la mañana nos acaricia el rostro con suaves brisas que contrastan con el saturamiento de nuestro cuerpo, todavía conservando un mal oliente efluvio del lecho, abandonado ha poco; suenan en balumba incoherente los diversos sonidos de los «autos», los tranvías y los vendedores de periódicos cual orquesta en la que reina el desconcierto; los cuadros ópticos resultan de un sorprendente realismo: oficinistas anémicos y recosidos a sus mesas cubiertas de papeles; dependientes a sus tiendas, ávidos de engañar clientes; obreros manuales dirigiéndose a su taller; algún que otro viajero buscando un coche que lo transporte a la estación rugidora; modistillas vivarachas; fámulas turgentes y encarnadas; golfillos fugaces; un bohemio con melenas, que va al campo buscando tema a su alma artista; a todos los sumerge una corriente intensa de indiferencia, ante mí pasan en extraña procesión apocalíptica, sus miradas son cortantes y frías; los más y los menos caminan en pos de un deseo incumplido, de un ideal hiriente o de una necesidad sentida; mientras más trabajan aparece el final más deslumbrador, pero más lejano; la solución de lo ignoto más atrayente, pero más erizada y difícil; el anhelo más vibrante, pero chocando con la muralla del sentimentalismo. ¿Cómo nos explicaremos todo esto? Nada más fácil: dejándolo correr a su albedrío y movimiento natural, que es tanto como dar al tiempo la facultad, digo no, el deber de filosofar y aclarar las cosas. Pero ¿es que nuestros conciudadanos son un rebaño de abúlicos? Falacia, falacia y falacia, soy un impostor y un rutinario. ¡Mire que llegar a la conclusión de que carecemos de voluntad! ¿Pero no tengo ojos —¡Oh retina opaca!— para ver la demostración palpable de la rebotante fuerza volitiva que impregna de vigor los cerebros de los humanos?

El movimiento, la acción —diga usted la estafa— dominan hoy en todos los cuerpos cumpliendo un mandato físico; hasta los vagabundos y mendigos ya no se dejan morir por inanición en los rincones, sino que piden, bailan y corifean, siguiendo la corriente de energía que nos deben haber exportado de otros mundos repletos y pródigos. Claro, hombre, hoy los soñadores y los intelectuales van camino de la ruina y la desaparición de la especie; es muy natural —soy darwinista—, se les ataca y se les desprecia, su compleción no es adecuada al mundillo actual. ¿Os habéis fijado cómo se ríen de ellos los luchadores, los dueños del corrompido ambiente? Me refiero a toda esa pandilla de burgueses —fabricantes, almacenistas, banqueros, etc., etc.— y a los pobres, desgraciados e ingenuos proletarios; los primeros los detestan porque acaso ven en ellos una ilustración insubordinada y contagiosa; los segundos los odian, porque de su cerebros privilegiados salen las máquinas, esos infernales medios de depauperarlos, según ellos, acalorados defensores del marxismo arcaico. Si es un proceso histórico, ¡qué le vamos a hacer!; la Naturaleza manda, la razón y la fuerza huyen de su desarrollo expansivo, nos declaramos impotentes ¡otra vez la abulia! no hablo más de todo esto, las consecuencias son fatídicas y me dan horror.

Pero, ¡si me había olvidado!, yo pensaba hablar en particular de los escritores, de esos señores que hacen novelas, dicen congruencias, os subyugan la atención, os mueven a obrar

de cierta forma; seguramente diréis: ¡Qué bromista! No os riáis, hombres, si es verdad, estáis dominados, completamente dominados por los paladines de la pluma; hacéis lo que *os mandan, lo que os dicen*, su opinión es la vuestra, sus genialidades son admiradas y sus actos aplaudidos; está claro, amigos lectores, está claro, es el misterio, el enigma de la pluma que atrae, cual fuerte imán, a toda una sociedad niña y adolescente. ¿Recordáis a Metternich? Pues se lamentaba diciendo: «El orden social está trastornado, los judíos y los periodistas son los amos del mundo». ¡Pobre hombre! Sus lamentos representaban, en medio de las turbulencias del pasado siglo, todo un adelanto...

Y yo salí de casa con ánimo de celebrar una entrevista con Antonio de Castro, el gran novelista, admirado y leído por igual en todos los países de la tierra, a cuyos idiomas han sido vertidas sus obras; el hombre-genio, considerado como uno de los talentos más claros y enciclopédicos; su imaginación cumbre acierta a idear todos los cuadros vivientes, y su prosa requeteselecta los cubre de un realismo extraño, pero profundo; sus personajes son universales, sus tipos no admiten distinciones etnográficas, he aquí su triunfo, un triunfo clamoroso, que lo rodea de gloria y áureo. Pues Castro tiene treinta y dos años, creedlo, es un caso raro y monstruoso dentro de la perfección; sus triunfos no lo han hecho feliz, en su intimidad me lo ha manifestado, él no es feliz, quiere serlo y no puede. ¿Qué le pasa? Exacerbó mi curiosidad, y le he rogado me cuente su historia, él se resistía, pero no ha podido contradecir a un amigo, que —según me ha dicho— se le hace interesante; porque yo, lector —y permitidme el inciso—, soy un hombre extraño; no mi figura sino mi psiquis es la que me diferencia de todos los demás; Castro lo ha comprendido así con su excepcional espíritu observativo y ha accedido a mi súplica; estoy citado con él en su domicilio, donde solemnemente me hará entrega de las cuartillas, en las que se recopile lo más interesante y saliente de su vida; pueden considerarse como una obra más del excelso escritor, por lo tanto, espero encontrar una narración clara y seguramente sincrónica —Castro es muy metódico— de un valor literario enormemente grande, que, como muchos de sus escritos, pasará a las más selectas y floridas antologías.

Voy, pues, a hacerme cargo de la «esmeralda áurea» —así llamo yo a sus memorias— para, sin acotar ni suprimir una coma, dáosla a conocer, y podáis gozar luengos ratos saboreando esa labor de muchas horas que un novelista famoso os ofrece con objeto de obtener de vosotros una reflexión amplia y una crítica razonada a su vida turbulenta y extraña —si fuera ordinaria no me tomaría la molestia de transcribirla— en la cual se ponen de manifiesto muchos relieves psicológicos y gran número de procederes sanos, rectos, nobles e inspirados siempre por la fuerza impulsiva de un cerebro extraordinario.

Y me dirijo veloz hacia el refulgente nido de bellezas y miserias —el domicilio de mi amigo— donde he de encontrarlo: o riendo locamente, o pensando con seriedad en una batahola ética; él es así: un cuadro de variedades con un pasillo lúgubre y oscuro, donde concomitan la hermosura y la fealdad, la miseria y la saciedad, el amor y la muerte; sí, allí hay rugidos y risotadas, lamentos y graznidos, murmullos y soledades; ése es su corazón, un corazón grande como un mundo, pero incomprensible hasta para su fuerza sentimental.

Riman en su interior diversas ideas, todas justas, todas enormemente grandes cual cíclopes fantásticos; una gran imaginación, un cerebro que bulle, un corazón que siente, un alma que vuela, un hombre que gime, ese es él: Antonio de Castro.

¿Por qué nos hacen llorar de rabia algunos de sus libros? No sabemos. ¿Son sus producciones meros enardecimientos, o son un medio literario para predicar grandezas,

contrastes y misterios? Y al hacer esta pregunta contemplamos boquiabiertos su obra: novelas, novelas y más novelas; somos unos majaderos. ¡Lloramos al leer sus libros que son ebulliciones de un cerebro... dudoso! Mentecatos, más que mentecatos, a vivir la vida. Ya oigo que me decís: ¡Qué gracia! ¿Quiere usted que vivamos la muerte?

Si hablarais con Castro os contestaría: «Sí, la muerte es vida, por la razón sencilla de que representa una continuación de ésta. ¿Quién os ha asegurado lo contrario? Pues habéis de saber que en las fosas pútridas y heladas, la vida es muy hermosa, muy llamativa y muy amiga de los desgraciados que piden amparo y remedio a sus desdichas. Remembrad un silencio que os aturda los oídos, una soledad en medio de una plaza concurridísima; vuestros sentidos se exaltan, padecéis porque ansiáis reposo y os dan una engañosa diversión corporal; sentís momentáneamente un espasmo surcado de delicias pasajeras, que después se complacen en atormentaros cruelmente, férreamente. Y os convertís en unos seres desdichados, repletos de lacerías asquerosas, nadando sobre un mar plateado, hermoso, pero interminable y aburrido; ésa es la vida humana: el sufrimiento después del placer —de un placer superficial, estólido, claro está—, el remordimiento después de la acción —¡Oh, la incertidumbre!—, la enfermedad después del trabajo... última execración a la actividad progresiva. Por eso, amados hermanos, no deseéis la muerte, acaso sea un crimen —crimen de lesa muerte, puesto que la diferencia entre la vida y la muerte es una ficción—; pero, por lo menos, no la temáis, porque despreciáis el fin bello, lo sublime de vuestro psiquis enfermo».

Esto diría Castro, y yo soy bastante cobarde para avalarlo con mi opinión y criterio favorables; me limito, quizá puerilmente, a desnudar su pensamiento henchido de experiencias. Sólo me atrevo —¡ay de mí!— a decir: dichoso él. ¿Y no representan estas palabras todo un acorde sentir? Perdonadme, perdonadme, no merezco el que me leáis.

Y vuelta al movimiento físico, yo tengo que ir a hablar con Castro, quiero leer sus continuos ratos del vivir escritos de su puño y letra en unas cuartillas blancas y níveas; me espera... me espera... ¿Quién?... Antonio de Castro.

Voy, pues.

Su domicilio es una casona grande, antigua y triste; la edad medioeval, los muros grises y su forma despejada y altiva rememoran el estoicismo de un Séneca. Por eso la contemplo unos minutos, olvidándome de que estoy en la calle y unos chiquillos me insultan ¡terrible muestra de afecto! Siendo tan bueno y tan...

Si tuviera tiempo os explicaría que es esto de ser bueno, pero acaso lo diga Castro en sus memorias; voy a buscarlas, sí, voy...

Subo las escaleras corriendo, abarcando dos peldaños a cada paso; voy tan loco que no me doy cuenta de que he llegado al piso donde me dirijo, y una señora rechoncha y paralítica me mira con ojos extrañados. Yo la tranquilizo, le digo que no soy ningún fugado del manicomio, y la pobre señora hace un signo afirmativo, se coge los faldones de su hábito negro y desciende murmurando un comentario sobre los jóvenes de hoy: unos exaltados, unos locos...

Y lo ha dicho viendo mi tipo atropellado, luego ese comentario me comprende a mí...; pasa por mi imaginación hacerle entonar el cántico de la palinodia, pero... ¡qué diablo!, acaso tenga razón.

Loco o cuerdo soy un olvidadizo, le he ofrecido a mis lectores las memorias de Castro y aún no las tengo en mi poder. ¿Qué he hecho? Hace dos horas salí de casa ¡ah, nada!, he

filosofado, he dado mis juicios, etc., después de todo no he malgastado el tiempo, y eso que, ¡están la filosofía y la crítica tan baratas es estos tiempos! Bueno, os prometo ¿qué os voy a prometer? Pues que dentro de unos minutos leeréis ávidamente, ansiosamente, las memorias de Castro, el eximio, el excelso (aquí todos los epítetos encomiásticos). Gracias por el trabajo moral que esto supone, pues no dejo de reconocer que todo ditirambo degenera, por obra y gracia de la exageración, en un servilismo vergonzante con el cual, dada mi complexión de ser libre, no estoy de acuerdo.

Y llamo, toco el timbre nerviosamente; abre la puerta un fámulo; al notar mi presencia arrolladora no me deja entrar, me entrega un legajo de papeles diciendo que el señorito no puede recibirme, y que ha dejado el encargo de darme aquellas cuartillas. Indistintamente miro las últimas, están escritas ha unos minutos, la tinta parece brillar fosforescente, me lo explico todo: Castro quiere que conozca toda su vida íntegra, seguramente me cuenta el último pensamiento, el último deseo, la última emoción. Bien, bien.

Y me refugio en mi casa, cierro la puerta de mi despacho, doy orden de que nadie me moleste, y me dispongo a leer... para que vosotros, estimadísimos lectores, leáis también.

Con lo primero que me encuentro es con el siguiente:

### **AUTORRETRATO DE ANTONIO DE CASTRO**

Yo, lector, soy un hombre y no sé lo que soy. Quiero decir no sé a qué me dedico; dicen por ahí en los periódicos, en los centros literarios que soy un gran novelista, un pulcro escritor; le digo francamente que no lo sé, y le daré algunos detalles de mis actos para que forme juicio.

Yo, al vivir la vida, la escribo, es decir, la grabo en el papel para que no se escape, no deje su aleteo vital, su fuerza creadora, su don de enseñar; los acontecimientos son demasiado fugaces, demasiado súbitos y la emoción que nos proporcionan es efímera, no logra cautivar por entero nuestro órgano perceptivo; no nos compenetramos bien de sus interioridades, quizá tenebrosas e interrogantes, y no sacamos nada en limpio; la interrogación se contesta a sí misma cuando está alumbrada por un gesto: el gesto profundo e intenso de la vida cotidiana. Es mi modo de ver las cosas, y para que todo se esté viendo siempre, es necesario, es imprescindible escribir; no otro móvil puede guiar a la pluma noble y henchida de claridades. Tengo un alma que algunas veces se marcha de mí, créelo, lector, se va a consolar a los desgraciados, a los que la tienen muy pequeña; en estos ratos yo duermo, hago descansar a mi cuerpo de las fatigas físicas, de la fuerza que tiene que desarrollar para que mi alma no se escape, no huya olvidadiza; pero mi alma no se va, está muy contenta de mí, me abraza, me inspira —esas novelas mías en las que fluye un aroma excesivamente sentimental ella las dictó— me besa; cuando estoy triste se va angustiada, casi se enfada, otras veces me ayuda a poner triste y también llora...; mi alma es una mujer hermosa, se me aparece, no en sueños como los fantasmas, sino de día en mi despacho; la palpo, la beso, la estrujo, trato de exacerbar sus instintos lascivos, muerdo sus labios y sus pechos, pero nada... mi alma es una mujer hermosa y... muerta: es la estatua fulgurante de una mujer errática y desconocida cuyo exotismo pinté en una novela que rompí a poco de escribirla, los hombres no la comprenderían; algo de esto habrá también en la novela de mi vida, de mi vida más espiritual que terrena.

Me impresionan demasiado las cosas, hasta las que para los demás carecen de importancia —esto ha hecho que algún critiquillo me titule: insufrible pelma— esto hace que preste atención y recoja lo que otros rechazan por falta de originalidad, por falta de estética natural, intuitiva —que, por otro lado, es la verdadera estética—. Mis escritos me producen mucho dinero, demasiado, yo lo recibo como una cosa inesperada, como gloria que es de mediocridades imbéciles; los editores sonrían ante una obra mía, me adulan, tratan todos de alcanzar autorización para imprimir mis libros; recibo pedidos de crónicas sobre algo, sobre lo que yo quiera, dejando el precio a mi arbitrariedad —bien me conocen los ladinos—; alguna que otra romántica me pide una idea, unas palabras y mi firma; yo ante una de estas peticiones me sonrío compasivo ¡pobres hijas de Eva!, confunden mi exaltación con las páginas de un novelista galante; otros, entusiasmados, me envían novelas para que se las dedique, etc., etc. Y yo pregunto: ¿Son éstos los síntomas que definen a un gran escritor? Bien débiles y estóridos son; pero, en fin, aceptémoslos. Permitidme comentar ahora otro punto que considero importante; no me había atrevido a hacerlo antes por miedo a una desestimación que acarrearía mi olvido, y esto lo temo porque sería destruir el camino que pudiera conducir a la claridad de mis idearios. Yo soy un escritor popular, si no lo fuera no alcanzarían mis producciones tan grandes tiradas, es que se me lee en todos los ambientes sociales ¡Y yo que me juzgo un incomprendido! ¿Cómo puede ser esto? ¿Es que mi literatura tiene dos caras y se la puede sentir de forma distinta a como yo la siento? Quizá suceda esto último.

La gloria, los honores, los homenajes me aburren, me desconsuelan, me martirizan. Yo no soy feliz, no soy. ¿Qué tengo yo? No lo sé. Acaso pueda usted descifrarlo en el curso de las memorias que le brindo; le ruego me tome por todo lo que quiera menos por un loco. La vesania me da horror, me saca de quicio, diríase que me subleva.

Ahora unos datos sobre mi físico: Soy alto, moreno, enjuto de carnes, mi rostro sólo sabe la postura de la seriedad; pocas, muy pocas veces ha reído, quizá de ahí proceda esa fuerza invisible que me hiere; mis ojos son negros sobre un fondo rojo; mi mirada fija, penetrante y observadora; mi boca y nariz dicen representan altanería e indocilidad, nada más absurdo, poseo sólo la egolatría suficiente para mantener la cantidad de orgullo necesario en el trato con los humanos; mi aspecto en general es sombrío, enigmático y casi espectral; todos los demás detalles se desprenderán de los capítulos de mis memorias; le agradeceré no se exalte, ni apresure el juicio y la crítica sobre mis actos, todos son engendros de un cerebro insubordinado y rebelde. En ellas encontrará verdades fulminantes e impertérritas maneras de obrar, consecuencias de...? ...?

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_002